

Apuntes sobre Juana Borrero

Su padre, Esteban Borrero Echeverría —que sería para ella una figura determinante— fue científico, poeta romántico, pedagogo, fundador de una familia numerosa y anfitrión esmerado. Los domingos reunía en su casa de Puentes Grandes a lo más selecto de la intelectualidad cubana. Asistía a esas tertulias Julián del Casal, el mejor poeta de su generación, quien se dejó sorprender por las composiciones que escribía Juana. Una muchachita nacida en La Habana el 18 de mayo de 1877 y dueña precozmente de una madurez estilística y de una capacidad muy suya para sugerir y apuntar lo misterioso y para aprender lo huidizo. La lectura de “Todavía” y de tres sonetos bien contruidos: “Medieval”, “Las hijas del Ran” y “Apolo” hizo que Casal le dedicara una prosa publicada en *La Habana Elegante* hablando admirativamente de esta joven dotadísima. Ahí reconstruyó también la fachada de la casa que solía visitar: “...una puerta solferina de madera agrietada y de goznes oxidados encuadra un ancho murallón, jaspeado por las placas verdinegras de la humedad y enguirnaldado por los encajes de verde enredadera cuajada de flores. Su hogar regido por su padre tiene ya una gran madurez, que permite que un infante se sienta comprendido por las instrucciones paternas sobre la magia infantil:

... Pero déjame el goce de la infancia
en la hora fugaz!”

Juana sin embargo se creía mal apreciada. Padeció pronto los tormentos del solitario y en un pasaje de sus cartas escribió: “Has de saber que mi niñez fue asaz corta... ‘Todavía’ lo escribí antes de los 14 años. Ya había probado algunas tristezas. Ya había llorado a solas muchas veces. Puede decirse que mi infancia está comprendida entre los cuatro y los siete años. Tuve la desgracia de comprender el mundo muy temprano y pronto se inició en mí ese desacuerdo radical de mi espíritu con el medio que aún subsiste vigoroso y bien determinado. Ese divorcio de mi temperamento con la vulgaridad, es lo que hace decir a mis familiares que soy una malcriada y una chiflada ¡Chiflada! ¿No lo son acaso todos los temperamentos soñadores?”¹. El suyo lo era en grado extremo y lo

exacerbaba a la menor provocación convencida de que los artistas son seres exquisitos más dados al desaliento que a la felicidad. En sus textos abundan las constantes alusiones al llanto y al dolor causado por pequeñeces, por observaciones que para otros pasarían inadvertidas: “Esta tarde he llorado de ver un lirio recién abierto destrozado por la lluvia”², o “me rinde el cansancio de la pesadumbre: —qué sueños tan tristes los míos de esta noche!”³

Gracias a la personalidad atrayente de Julián del Casal, Juana conoció su primer enamoramiento. Se explayó poco sobre el asunto, que debió quedar en una proximidad estimulante: “A mi pobre Julián jamás le escribí porque dolorosas circunstancias lo impidieron siempre y además porque no llegamos a ponernos de acuerdo”⁴, confesó luego. Imposible saber cuáles fueron esas circunstancias a las que se refería. En cambio resulta sencillo dilucidar la índole de sus aspiraciones amorosas que sólo admitían a otro hombre que compartiera con ella la vocación poética; no sólo como mero entendido, sino como oficiante. Incluso de manera un poco abrupta le dijo a su novio: “Óyeme, cuando yo te manifesté mi pasión, cuando te hice concebir esperanzas, lo hice porque estaba segura de ser solamente tuya... Porque después de haber amado a un Casal, te encontré suficientemente leal y noble, jamás he dado albergue al engaño o a la falacia”⁵. Hablaba de un ejercicio literario y de una actitud moral, lo que consideramos congruencia, difícil aunque deseable (incontables escritores de todas las latitudes han demostrado lo difícil que es), entre la vida y la obra. El sucesor fue entonces un joven de veintitrés años, Carlos Pío Uhrbach, que veía en Casal a un maestro; lo mismo que su hermano Federico, con quien había publicado “Camafeos”, la mitad de un poemario titulado *Gemelas*, muy gustado en su momento. Juana lo leyó y releyó hasta aprenderse de memoria al tiempo que se grababa en la mente los rasgos del retrato dado a conocer en su volumen donde Carlos Pío aparece vestido de negro al estilo provinciano, con bigote abundante, calvicie incipiente disimulada por el peinado, nariz respingona y facciones patricias.

Un recado y una dedicatoria de él obtuvieron respuesta de

² Juana Borrero: ob. cit. Carta 118.

³ Juana Borrero, ob. cit. Carta 71.

⁴ Juana Borrero: ob. cit. Carta 122.

⁵ Juana Borrero: ob. cit. Carta 122.

¹ Juana Borrero: *Epistolario*. Academia de Ciencias de Cuba. Instituto de Literatura y Lingüística. T. L, La Habana, 1966. 464 p. Carta 98.

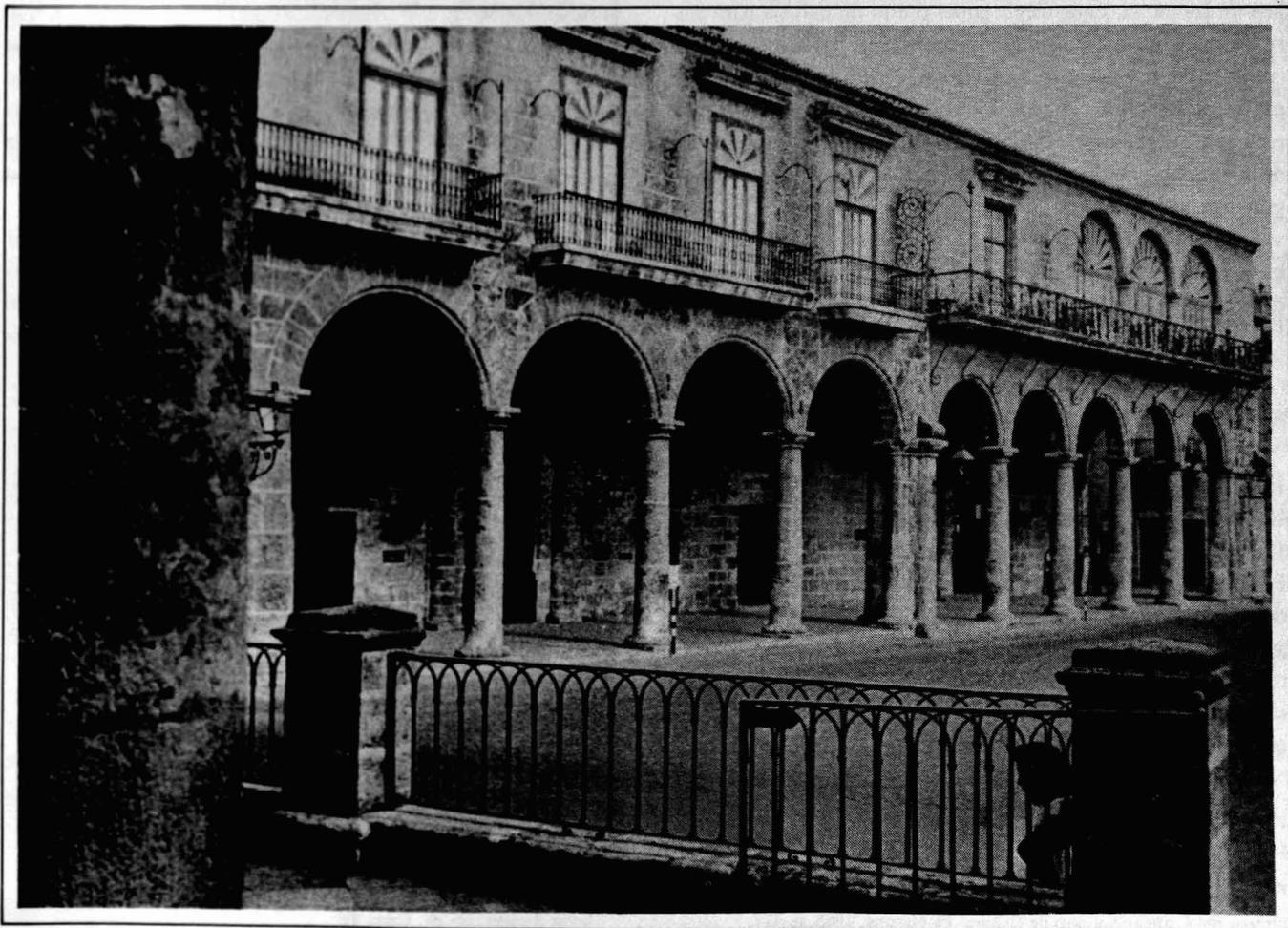
ella. Y la relación surgió con encuentros furtivos en que se contrariaba la soledad de los amantes con la presencia de terceros. El noviazgo floreció y se sostuvo a base principalmente de numerosas epístolas en que ambos se ataban por lazos eternos y se esforzaban en desnudar las intimidades de su alma como ante un espejo. Cuando podían se las entregaban en propia mano frente al zaguán solferino o junto al muro hollado por la humedad; cuando estas oportunidades no se presentaban, se valían de aliados que les servían de correos.

En una ocasión Juana dijo que lo mejor de sí misma eran sus cartas (conservadas gracias a la devoción de sus parientes que según pensó la consideraban chiflada), porque en esos escritos con letra menuda y febril, en distintas clases de pliegos (a veces orlados de luto, a veces mancillados en la otra cara) se encontraba entera, con todos sus defectos y todas sus grandezas. Sus cartas no tienen la esmerada factura de sus poemas, pero constituyen lo más acabado y sólido de su producción. Han motivado el interés de estudiosos importantes entre los cuales se cuenta Cintio Vitier, quien en 1966 sacó el primer tomo de *Epistolario*. Ciento veinticinco misivas, algunas ilustradas con morosidad y deleite. Investigadores posteriores han enriquecido la colección con otros hallazgos. En su conjunto es un vehículo maravilloso para explorar aspectos poco estudiados del primer modernismo en la literatura cubana, su vocabulario, sus metáforas, sus adjetivos, sus enfoques visuales en los pasajes donde describe el paisaje: "Hoy ha hecho un bello crepúsculo. Yo soñaba, soñaba... Al morir el día el sol

—únicamente bello entonces! abrió sobre el ocaso el varillaje gigantesco de su abanico purpurino. La estrella primera apareció tímida, temblorosa sobre el cielo opalino como un diamante sobre el nácar-rosa de la garganta de una mundana... Murió la luz lenta, poéticamente, y sucedió a su muerte esa calma precursora del reposo nocturno... El abeto gigantesco agitó en silencio su fúnebre ramaje y los lirios abrieron a la luna naciente su broche fragante..."⁶, pero sobre todo, las cartas abren un camino inusitado para descubrir el espíritu de una mujer todavía adolescente, terriblemente compleja, empeñada en protagonizar un amor comparable a cualquier otro que la literatura o la leyenda hayan exaltado: "Para mí donde tú estás está el cielo y te seguiría al mismo averno si me llevaras"⁷. Aunque para conseguirlo tuviera que llegar a extremos aterradores usando eventualmente drogas que le causaban alucinaciones —y a las que debió tener acceso en el botiquín de su padre—, atentando contra sí misma, anhelando una exclusividad completa de su amado, padeciendo celos feroces en su obsesión por adueñarse hasta de los más inocentes sentimientos y recuerdos de Carlos Pío: "... no puedo acostumbrarme a la idea de que todo el mundo te mire y esté cerca de ti mientras yo que te amo no te tengo cerca para poder confiarte mi ternura ¡Oh luz de mis ojos, mi bien querido! ¡Compláceme!... Quiero que tú solo me veas que tú solo me oigas, y verte y

⁶ Juana Borrero: ob. cit. Carta 96.

⁷ Juana Borrero: ob. cit. Carta 90.



óírte a ti solamente...".⁸ Su pasión enloquecida le causaba incluso pesadillas de traiciones en que creía matar a su propia sombra soñada: "Un día supe que te habías casado... Averigüé la dirección de tu casa y una noche, mientras tú y *ella* comían descuidados me introduje en la alcoba y me oculté detrás de los lambrequines. Allí esperé. Con los labios trémulos de angustia y entre los dedos un puñal pequeño, especie de daga que días antes me había regalado Rosalía. Así te sentí llegar y escuché el roce de una falta sobre las alfombras. Jamás mientras viva se me olvidará aquella mujer, aquella desconocida que no existe y que caminaba apoyada en tu hombro. Pasaron dos minutos. Ustedes caminaban despacio conversando en voz baja. Levanté la mano y le hundí el puñal en el corazón. Entonces pasó algo cuyo recuerdo me horroriza... Aquella mujer era yo misma".⁹

Gracias a su talento y a sus relaciones familiares, Juana Borrero publicaba a los dieciocho buena parte de sus textos en los periódicos locales y era conocida en los círculos de escritores y artistas que elogiaban sus versos y sus dibujos académicos y sus pinturas. Sus cartas redactadas en los meses que corrieron entre los principios de 1895 y los de 1896, en que ella murió oficialmente de pulmonía a punto de cumplir diecinueve años, solían llevar epígrafes, fragmentos de poemas románticos o modernistas que conocía bien y le daban pie para explicar sus estados de ánimo. Demostraban su voluntad por mantenerse al día, sus simpatías y preferencias; demostraban además que desde muy temprano manejaba una cultura sólida y una extensa lista de lecturas. El tono casi siempre melancólico de las estrofas que elegía como punto de partida para sus reflexiones, manifestaba las peripecias de su noviazgo, que encontraba la oposición de don Esteban, pues el pretendiente era un bohemio sin trabajo fijo ni porvenir asegurado. Bajo esos contratiempos y debido principalmente a la impaciencia de Juana, las relaciones desviaron su ruta y comenzaron a seguir una senda trágica.

En realidad a esta muchacha atormentada y vehemente le hubiera cuadrado una cuarteta que en "Flores de éter" Casal dedicó a Luis de Baviera:

Aunque sentiste sobre tu cuna
caer los dones de la existencia
tú no gozaste de dicha alguna
más que en los brazos de la demencia.¹⁰

Juana no heredó un reino; pero sí dones que la hubieran hecho disfrutar con las alas blancas del ángel de la felicidad. La obediencia a los padres era una virtud suprema en la época; ello no obstante don Esteban se iba suavizando lentamente. Juana tenía una familia bien constituida, una juventud arrebatada, un agradable rostro moreno: cejas pobladas, boca carnosa con un gesto entre sensual y reprimido. La fuerza de su mirada hacía pensar que causaba mal de ojo: "En este momento me dicen que está muy grave una chiquilla que vive al

fondo de nuestro patio y a quien según la madre 'he hecho mal de ojo'. Figúrate si se muere quién convence a esa mujer de que yo no tuve la culpa? Será verdad aquello que dijiste en el último renglón de esbozo? Las madres del barrio esconden a sus niños para que yo no los vea... Les tienen terror, pánico a mis pobres ojos porque según dicen ellas 'son muy prietos y muy pensativos'. ¿Qué te parece? ¿Será por eso que tú no quieres mirarme? No te apures que yo te santiguaré la primera vez que te vea, haciendo tres cruces &... Pero yo creo que ya a ti 'naiden te saca el daño'".¹¹ Con su peculiar manera trágica y juguetona, se perturbaba un instante ante las supersticiones de la calle, y al siguiente buscaba una fórmula eficaz para cautivar a Carlos Pío.

Juana gozaba la admiración de quienes la rodeaban, su capacidad creadora estaba en un vigoroso ejercicio juvenil. Lo que mandaba a prensas se publicaba con el beneplácito de los editores. Dudaba sobre la calidad e importancia de su obra porque los escritores que se respetan reciben el acoso de esos fantasmas. Y, como contrapartida, había recibido críticas elogiosas (recordemos la de Julián del Casal, que la sacó a la plaza del público); y aunque ya no alcanzó a saberlo, Rubén Darío —su adorado Rubén que tanto citaba— fue el primero en sugerir un volumen con los versos y las cartas de Juana y la comparó (afortunada o desafortunadamente conforme el diferente sentir de críticos y estudiosos) con María Bashkirtseff. Era correspondida por su amigo-esposo-novio que en los ojos de Juana descubría "el poder magnético de su influjo" en lugar de hallar maldades. Y sin embargo, a ella no le bastaba. A su corazón sin sosiego lo afligían atroces torturas, quizá porque era una muchacha enfermiza que padecía serios problemas pulmonares o bronquiales y fiebres crónicas. Quizá porque estaba empeñada místicamente en lo absoluto y sin darse tregua colocaba la ficha de su vida en la cifra más alta de la ruleta cósmica. Quizá porque se exigía mucho como artista y como amante.

En el soneto "Enclaustrado" de *Gemelas* creyó vislumbrar una pauta a seguir. Uhrbach explicaba ahí sus rechazos y aspiraciones, un anhelo de disfrutar la pureza, y una actitud de hombre desencantado de cuanto el mundo y sus delicias podían ofrecerle:

Sólo en mi corazón reina el hastío
como un déspota audaz que se entroniza,
lo que ayer me sedujo, hoy me horroriza,
y encuentro el mundo en derredor vacío.

La nostalgia del claustro mudo y frío
en mi alma soñadora y enfermiza,
como fragante flor, aromatiza
las ansias de mi espíritu sombrío.
¡Ay!, yo aspiro a las dichas ideales:
los efímeros goces terrenales
engendran el tedio en mis placeres.

⁸ Juana Borrero: ob. cit. Carta 33.

⁹ Juana Borrero: ob. cit. Carta 104.

¹⁰ En José Lezama Lima: *Antología de la poesía cubana*. t. 111. Editora del Consejo Nacional de Cultura. La Habana, 1965, p. 477.

* Se refiere a un verso de Carlos Pío Uhrbach citado más adelante.

¹¹ Juana Borrero: ob. cit. Carta 42.

Pueblan mis sueños vírgenes con tocas
y no me encienden las sangrientas bocas
con que besan las pálidas mujeres.¹²

La sinceridad de esta confesión no alcanzaba a cubrir una pequeña dosis de esnobismo juvenil; sin embargo Juana la dejó a un lado; en cambio tomó al pie de la letra el poema, y así lo dijo en varias cartas: "Tropiezo con un soneto hermoso ¡ay! y que tiene la culpa de que yo no te haya besado todavía".¹³ Se sintió incapaz de inspirar tedio, y a pesar de que su figura llenita y tropical parecía destinarla mejor a los goces terrenos que a los laberintos espirituales, quiso inspirar un cariño sublime, el virginal cariño de una monja laica alejado del menor roce, del contacto menos malicioso: "Qué orgullosa estoy de ti, de mí. ¡No hay en el mundo dos seres, óyelo bien, más idealmente puros que nosotros."¹⁴ Y al comentar las costumbres de sus amigas: "Todas están medidas por el rasero vulgar de la pasión degradante, de la tendencia bestial".¹⁵ O, "¿por qué

¹² José Lezama Lima: ob. cit. p. 501.

¹³ Juana Borrero: ob. cit. Carta 117.

¹⁴ Juana Borrero: ob. cit. Carta 45.

¹⁵ Juana Borrero: ob. cit. Carta 39.



el contacto corporal ha de destruir el delirio supremo de un beso soñado? ¡Ay! ¡Yo tengo la convicción dolorosa de que la caricia es pura mientras vive cautiva en el alma!"¹⁶ Los ejemplos al respecto se multiplicarían hasta el cansancio porque Juana se posesionó de un extraño papel: un culto dedicado a Carlos Pío que celebraba una liturgia epistolar. Condenó el sexo y nunca besó a su novio, ni siquiera una vez. Escribió un poema titulado en francés, idioma que practicaba, como un envío; respuesta a las nostálgicas ensoñaciones de "Enclausurado", "Reve" pretendía sellar un pacto entre dos amantes que se enamoraban con placeres ideales:

Su voz debe ser dulce y persuasiva
y soñadora y triste su mirada
debe tener la frente pensativa
por un halo de ensueños circundada.

Su alma genial, cual pálida cautiva
de un astro esplendoroso desterrada,
sueña con una nube fugitiva
y con el traje de crespón de un hada.

Cuando la sonda azul de los delirios
disipa sus nostálgicos martirios
narrando del pesar la oscura huella,

él se acuerda en la noche silenciosa
de aquella virgencita misteriosa
que quedó abandonada en una estrella.¹⁷

Sintetizaba la imagen que se había formado de sí misma y del afecto que deseaba alentar, un amor de papel y tinta hecho para la imaginación e imposible para la convivencia. Como otros poetas modernistas, Juana separaba la carne del espíritu y unía el erotismo a la muerte. Posesiva, celosa, desesperada, wertheriana, coqueteaba constantemente con el suicidio. Se autopreguntaba por qué no tendría valor de tomar la dosis de ácido nítrico que traía siempre consigo. Incluso insistió en una especie de pacto suicida confabulado con Carlos Pío, prueba de su afición extrema, como un sacrificio máximo que los uniría eternamente.

El resto de la historia forma parte de la mitología cubana. El tiempo del noviazgo coincidió con las luchas por la independencia. Don Esteban, separatista desde siempre, consideró necesario abandonar Cuba con toda su familia rumbo a Cayo Hueso. Carlos Pío Uhrbach, llevado por sus convicciones patrióticas o incapaz de seguir sosteniendo unas relaciones tan avasalladoras, a pesar de la prohibición terminante de su amada, decidió partir a la guerra. Y Juana, enfebrecida, contrariada ante el retraso indefinido de sus planes; Juana que detestaba lo feo, lo pedestre. Juana que creyó perder a su interlocutor constante, escribió su última carta con sangre de sus venas cortadas y murió un par de meses después. Se cuenta que con su morbosidad característica tuvo el capricho de recorrer el cementerio y elegir la fosa donde la enterrarían. ◇

¹⁶ Juana Borrero: ob. cit. Carta 83.

¹⁷ José Lezama Lima: ob. cit. p. 498.